

+ PRIMERA PARTE +

El comienzo

Cómo era

Hoy en día, cada vez que cuento que tomé medicamentos a diario durante casi una década sin siquiera cuestionármelo, me observan como si fuera un monstruo con tres cabezas o, tal vez, la persona más imbécil del mundo.

Comprendo su punto de vista.

Pero las medicinas forman parte de mi vida desde que recuerdo.

De muy pequeña, trepaba a la mesada de la cocina, entrecruzaba las piernas y aguardaba con paciencia a que llegara mi madre y desenroscara la tapa de seguridad para niños de un recipiente blanco de plástico; luego, ella echaba una cucharada del polvo dentro de un vaso para niños con leche y revolvía, intentando quitar los grumos.

Después de tapar el vaso, me lo alcanzaba. Yo hacía una mueca y comenzaba a beber. El sabor era espantoso; la llamaba “mi bebida asquerosa”. De todas formas, era una niña obediente y la tomaba toda. Nunca me habría negado, aun si mi madre no me hubiese estado observando detenidamente, con la mirada fija en mí, como si mi vida dependiera de ello.

Eso era verdad, por supuesto, solo que todavía no lo sabía.

En otras oportunidades, la gente me pregunta sobre las visitas al hospital. Seguramente eran demasiado frecuentes. ¿De verdad creía que eso era normal? La respuesta corta es *sí* y, de hecho, me *gustaba* ir.

El Hospital Infantil Riley se encuentra en el centro de Indianápolis. El contraste entre aquella formidable arquitectura moderna, en medio de la bulliciosa ciudad, y nuestra acogedora casa de una sola planta, con el césped cortado de forma prolija, me generaba mucho entusiasmo. Cuando atravesaba la entrada, solía mirar hacia arriba para disfrutar de los enormes osos de peluche sentados sobre las altas repisas con las piernas colgando. Cada vez que pasábamos junto al brillante caballo de carrusel rodeado de monedas, mi madre y yo lanzábamos unos centavos y pedíamos un deseo. Yo siempre pedía muñecas y vestidos, idas al parque acuático, *cupcakes* y que llegara la Navidad, mientras que mi mamá deseaba en silencio.

Cuando le preguntaba qué había pedido, jamás me lo decía, sino que simplemente respondía:

“Lo mismo que la última vez, corazón”. Luego me abrazaba con fuerza y finalmente agregaba: “Lo mismo de siempre”.

Subíamos a los ascensores de vidrio —verdaderos ascensores de vidrio como los de Willy Wonka—, y nos dirigíamos al tercer piso.

Mientras esperaba dentro del consultorio, no podía dejar de examinar el instrumental médico: presionaba la goma del aparato

para medir la presión sanguínea, sacaba y colocaba los tapones plásticos del otoscopio, y jalaba de los soportes que permitían colgar estos instrumentos en la pared.

“No desordenes las cosas de la doctora”. Mi madre intentaba regañarme, incapaz de borrar por completo la sonrisa de su rostro. “¡Se va a enfadar contigo, Paige!”

Pero cuando la doctora Cox finalmente ingresaba en la habitación con sus zapatos de moda y varias alhajas, jamás se mostraba enojada sino que, por el contrario, me saludaba con alegría.

—¡Qué bueno verte, Paige! —la ropa holgada se asomaba por debajo del guardapolvo y el estetoscopio colgaba con confianza alrededor de su cuello.

Me encantaba verla. De hecho, planeaba *ser* como ella en el futuro.

—Cuando sea grande, voy a tener tu trabajo —le decía con orgullo cada vez que la visitaba.

—Por supuesto que sí —la doctora Cox me sonreía, apartándose de los ojos un mechón de cabello rubio mientras extendía un bajalengua. Siempre me tomaba en serio, a diferencia de la manera en que otros adultos trataban a los niños.

—Ahora, di *ahh...* —indicaba mientras presionaba el bajalengua de madera contra mi lengua.

Solía hablar de todos los temas con la doctora Cox: de la escuela, de las veces que me quedaba a dormir en lo de mis amigas, de que nadaba como una sirena —lo cual mi madre me había

confirmado—. Le conté que amaba el karaoke y que podía saltar en el trampolín hasta alcanzar las aves. Ella me escuchaba con atención, se reía y me halagaba las uñas brillantes. También me preguntaba por las vacaciones, los maestros y mis compañeros de clase...

Si bien era su pequeña paciente, la doctora Cox me trataba como a una persona normal que le agradaba. Y no era la única. Las enfermeras de la sala de emergencia sabían mi nombre y recordaban detalles tanto de mi historia clínica como de mi vida fuera del hospital. Me preguntaban por los libros que estaba leyendo y me felicitaron el día que les dije que había aprendido a andar en bicicleta. Los técnicos de laboratorio también me conocían; mientras me pinchaban la piel, me preguntaban por la escuela y, para distraerme, me permitían sujetar los tubos que se iban llenando con mi sangre.

Frecuentar un hospital desde tan pequeña suena horrible para la gente que no ha tenido la experiencia de estar en un sitio como Riley. Pero lo cierto es que se me ocurren destinos mucho peores que estar rodeada de un grupo de personas tan bondadoso y cálido.

Cuando estas cosas —las medicinas y las visitas al hospital— forman parte de tu rutina antes de fijar los primeros recuerdos, de lograr escribir tu nombre por primera vez e incluso de aprender a dar una voltereta o a cepillarte los dientes sin ayuda, se vuelven tan naturales como la salida del sol. Pero si, de alguna manera, la oscuridad no diera lugar a la luz y las estrellas continuaran en el cielo

durante la mañana, cuando el autobús escolar se detiene frente a una fila de niños perplejos, *aquello* sí que llamaría la atención. Por lo tanto, siempre y cuando algo siga ocurriendo sin descanso día tras día, empiezas a darlo por sentado, mientras que tu mente se concentra en otras situaciones, como en terminar la tarea, estudiar para un examen de vocabulario o recordar el fin de semana anterior.

Créeme, lo que nos mantiene con vida puede ser el zumbido del refrigerador o la televisión que una madre deja encendida todo el día porque la pone nerviosa el silencio.

Son pequeñas cosas que están allí, forman parte de nuestro mundo y apenas vale la pena mencionarlas.

Tal vez pienses que habría sido distinto si se hubiera tratado de ti; que tú te lo habrías cuestionado antes y habrías descifrado más rápido que *algo era diferente*. Habrías empezado a formularte las preguntas: *por qué, qué y cómo*.

Voy a ser honesta: no estoy tan segura al respecto.

Quizás ese fue mi problema desde el principio: el hecho de que las mil dosis de medicamentos fueran tan rutinarias y monótonas; de sabor amargo, por supuesto, y una lata, sin duda. Pero, aun así, simplemente el telón de fondo de las facetas de mi vida que creía que eran las más importantes. Tal vez *esa* es la razón por la que me sorprendió todo lo que sucedió después. Al fin y al cabo, tal vez fue la misma cotidianidad del asunto la que me dejó tan indefensa cuando comenzaron a ocurrir cosas malas.

Año tras año, había sido así. Mi amiga Azra iba a lo de su abuela a nadar en la piscina, mi amiga Jasmine iba a los partidos de béisbol de su hermano, y yo iba a ver a la doctora Cox. Tomaba mis medicinas, jugaba al fútbol, vestía a mis Barbies, cantaba música country con mamá y observaba cómo mi sangre oscura corría por tubos de plástico transparentes.

Era simplemente lo que a mí me tocaba *hacer* y nada más.

Tenía muchísimas amigas y, sinceramente, una vida bastante agradable.